

EL SECRETO DE LA PAINITA

JULIO CARRERAS LLISTERRI



Lucas Benavente es un joven y exitoso informático que disfruta de una confortable vida, pero todo su mundo se tambaleará cuando Víctor, un misterioso personaje, se pone en contacto con él para revelar un secreto que se esconde tras la muerte de su padre. En su búsqueda por descubrir la verdad su camino se cruzará con el de Marc, un montañero que perdió a su esposa, y con Ana, cuya hermana fue asesinada en un robo. Todos ellos tienen algo en común: Cronium, una poderosa empresa del sector farmacéutico que parece estar detrás de lo que les ha sucedido. Poco a poco, con ayuda de algunos amigos, irán componiendo un rompecabezas de dimensiones inimaginables y donde nada es lo que parece ser.

Conocedores de la verdad, solo les quedará una salida posible, vengarse de Cronium y las personas que se esconden tras la muerte de sus seres queridos.

Sin embargo hay algo que desconocen, todos ellos son víctimas de un plan mucho mayor.

Inspirada en *El Impostor* de Jeffrey Archer, y *El Conde de Montecristo* de Dumas, esta novela, de escritura fresca y dinámica, nos adentra en un mundo de traiciones, sorpresas y acción trepidante.

El secreto de la painita
Julio Carreras Llisterri



Título original: *El secreto de la painita*
Julio Carreras Llisterri, 2015

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha: 12/09/2019

Prefacio

El destino marca las cartas, y nosotros las jugamos.

Arthur Schopenhauer

En cierta ocasión escuché a alguien decir que el aleteo de una mariposa puede provocar un tsunami en el otro extremo del mundo. No le di importancia, una frase hecha, una de esas que se suele soltar para parecer interesante. Así que, inconscientemente, la encerré en un cajón perdido de mi memoria. No sabría decir bien cuanto tiempo ha pasado desde entonces, puede que años, pero cuando hace poco, en una conversación con unos amigos alguien la mencionó, cobró un nuevo sentido para mí.

Fue una noche de septiembre, en la isla de Tabarca. Habíamos cenado en un chiringuito a la orilla del mar, y como suele ser habitual cuando el tiempo no apremia, disfrutamos de una larga sobremesa. Las luces se fueron apagando, los clientes marchando, y al final nos quedamos solos, con la luna del Mediterráneo como única compañía, hablando de lo divino y de lo humano. No recuerdo el motivo, ni quién fue el que la dijo, solo recuerdo que de pronto todos nos quedamos callados por un instante, dejando paso al sonido de los guijarros arrastrados por las olas del mar.

¿Alguno sabe de dónde viene esa frase? Pregunté. Hace referencia a un fenómeno llamado «el efecto mariposa», un concepto de la teoría del caos, me explicó el más leído. Lo que viene a significar es que una pequeña perturbación puede amplificarse hasta generar un efecto considerable-

mente grande a corto o medio plazo. A físicos y matemáticos les suele gustar discutir sobre esas cosas. La conversación continuó y pronto tomó otros derroteros, pero yo no pude dejar de darle vueltas a aquello. No soy excesivamente dado a filosofar, pero me di cuenta de que esa frase hecha explicaba perfectamente el giro que había dado mi vida cuando yo era solo un adolescente. Soy rico, mejor dicho, extremadamente rico, y a diferencia de otras personas en mi situación no lo debo al trabajo duro, ni al de mis familiares, ni siquiera a la suerte. Lo soy por una pequeña perturbación, un detalle que no pasó desapercibido para alguien, el aleteo de una mariposa. Un hecho que cambió no solo mi vida, sino la de muchísimas personas. Nunca podré saber cómo hubiera sido mi vida sin esa ligera perturbación del pasado. Puede que fuera más feliz, tal vez menos, lo único que sé es que no sería yo. Todo surgió gracias a un descubrimiento: el del poder de la painita.

Parte 1: En busca de la verdad

Febrero: Cronium

—¿Policía?

—Sí. ¿Sucedo algo?

—Estoy en la carretera CA-181, ha habido un accidente.

Hay un coche en llamas.

—¿Me puede dar más datos?

—El coche está en el fondo de una cuneta... ¡Dios mío, hay un hombre dentro! Tengo que ayudarlo.

—Escuche, puede ser peligroso.

...

—¡Oiga!, ¡oiga!, ¿sigue ahí?

El móvil de Lucas emitió dos pequeños zumbidos, y acto seguido sonaron los primeros acordes de una canción de *Urge Overkill*, famosa gracias a la banda sonora de *Pulp Fiction*.

Abrió los ojos y se cegó momentáneamente con la luz que inundaba el salón. El reloj de la televisión marcaba las diez y media de la mañana. Le dolía el cuello, tenía la camisa arrugada, y un pastoso sabor en la boca. Se había vuelto a quedar dormido en el sofá. A medio camino entre el sueño y el cabreo, se incorporó para ver quién era.

—Sí, dígame. —No hubo respuesta.

Tras unos instantes de vacilación quien fuera que estuviera al otro lado de la línea colgó. Alguien que se había equivocado de número. Bonita forma de empezar el día, murmuró.

Se frotó los ojos y tras desperezarse enérgicamente, cosa que le encantaba hacer, se aproximó al gran ventanal de su salón. La vista que tenía desde aquel mirador era capaz de alegrarle el día en sus peores momentos, justo lo que necesitaba para enderezar la mañana. Nunca se cansaba de ella. Disfrutaba descubriendo los pequeños matices que le ofrecía en las diferentes épocas del año. El intenso color azul del mar Cantábrico contrastaba con los verdes prados que se precipitaban en los acantilados de piedra grisácea. A la derecha, el pequeño torreón cubierto de hiedra y el puente contiguo aún aguantaban en pie a pesar del incesante desgaste que sufrían por la imperturbable fuerza del viento y la humedad del mar. Un pequeño camino de tierra avanzaba, a través de los prados, hacia la parte posterior de la casa, confluyendo con un bosque de pinos que se extendía hasta la orilla de la ría Tina Menor.

Se enamoró de ese lugar cuando era un niño y acompañaba a su padre los domingos por la mañana a pescar en los cercanos acantilados. «Somos afortunados, muy pocos viven tan cerca del paraíso», solía decirme mientras me pasaba tiernamente sus curtidos brazos por sus hombros. Ahora todo aquello era suyo. Quizás el dinero no podía comprar la felicidad, pero a él, por lo menos, le ayudaba a poder gozar todas las mañanas de aquella panorámica. Ojalá su padre viviera y pudieran compartir ese momento, aunque fuera solo una vez.

Tan solo hacía dos años que vivía allí, y estaba seguro de que había sido una de las mejores decisiones de su vida. Había mandado construir la casa con forma de faro a un reputado arquitecto, y a pesar de que vivía solo y en realidad no necesitaba mucho espacio, siguiendo sus instrucciones la había diseñado excesivamente grande. Por dentro, la sensación de amplitud era todavía mayor gracias al abuso de colores claros y la decoración minimalista. A menudo, sus amigos le decían entre bromas que parecía que no se había acabado de mudar aún, y que si hacía falta le podían regalar algún mueble.

La imponente mansión de cemento blanco y cristal contrastaba visiblemente con las casas tradicionales del pueblo y, cómo era de esperar, su construcción había suscitado cierta polémica. El hijo del tendero había vuelto al pueblo para demostrarles lo rico que era. A Lucas no le importaba escuchar aquellos comentarios a sus espaldas, que siempre sonaban desde la misma dirección. En parte tenían razón, y en cierto modo le regocijaba incomodar a las tres o cuatro familias que siempre les habían mirado por encima del hombro.

Tras un par de minutos, alejó los pensamientos de su padre y se concentró en lo que tenía que hacer aquella mañana. Conectó el portátil que había encima de la mesita acristalada del salón, y se dirigió a la cocina para prepararse un café. Lo necesitaba con urgencia.

Lucas Benavente era un genio oculto dentro de una personalidad inquieta. Gracias a eso, con tan solo veintiocho años, tenía ya más dinero del que cualquiera de sus amigos se pudiera imaginar. Le había ido bien, desde luego, pero nadie le había regalado nada, él mismo se había labrado su porvenir. Siempre fue una persona avispada, y ya durante los estudios en la facultad de informática se dio cuenta de la oportunidad que representaba el emergente negocio del juego en internet. Su padre se había esforzado al máximo por facilitarle una vida diferente a la suya. Él lo sabía, y no quería defraudarle. Por eso, en cuanto pudo, no dudó ni un instante en invertir hasta el último euro que había heredado en el casino *online* que había fundado pocos meses atrás, *Be-winner*. El portal que había desarrollado a base de robarse horas de sueño, se situó pronto entre los referentes nacionales de apuestas *online*.

Pero Lucas también tenía un *hobby* oculto, algo que en ocasiones competía en horas de dedicación con su trabajo: era un apasionado de la seguridad informática. A pesar de ser una actividad mucho menos lucrativa para él, tratar de ver hasta dónde podía llegar con sus habilidades le divertía más que cualquier otra cosa. Comenzó a flirtear con ese mundillo cuando solo era un adolescente, pero fue cuando empezó la carrera de informática, en la Universidad Complutense de Madrid, cuando se convirtió en un auténtico genio. Todo sucedió gracias a Jude Gambeaux, la mejor profesora que había tenido jamás.

El primer día de clase, Jude propuso a todos sus alumnos un reto: colarse en su ordenador personal. Allí guardaba sus expedientes, y el que lo consiguiera podría ponerse la nota que quisiera, algo que nadie había logrado hasta el momento. Tenían hasta final de año. El desafío de inmediato provocó una situación de excitación generalizada, y aquel día en la facultad no se hablaba de otra cosa que no fuera eso. ¿Lo conseguiría alguien?

A la mañana siguiente, cuando llegó a clase, Jude pare-

cía inquieta. Tras dejar su maletín en la mesa, preguntó en voz alta.

—¿Quién es Lucas Benavente?

—Yo —respondió un joven delgado de la última fila.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Usted es la profesora...

—¿Por qué no se ha puesto una matrícula de honor?

Mejor dicho, ¿por qué no se ha puesto nota?

Un murmullo recorrió el aula.

—Necesito una motivación para venir a clase. Creo que usted tiene cosas que enseñarme.

Aquel descarado alumno lo había conseguido ¡en un día! Se dio cuenta enseguida de su talento, y le animó a crecer en esa complicada especialidad. Apostó por él, le dedicó tiempo, y no se equivocó. En pocos años Lucas adquirió una gran reputación en círculos selectos como uno de los mejores expertos en burlar, o reforzar, según la demanda de sus clientes, la seguridad de sistemas informáticos. No le gustaba la palabra *hacker*, ni pirata informático, ya que siempre defendía que actuaba dentro de la legalidad. Además, esas denominaciones se identificaban generalmente con jóvenes poco sociables, raros, noctámbulos, atraídos por las actividades delictivas, y poco preocupados por su aspecto físico. Aun así, era consciente de que tenía algunas cosas en común con ellos, vivía más de noche que de día, y saltaba más veces de lo que debería al otro lado de la ley.

Con el café en la mano, se sentó en el insípido sofá de piel blanca frente a la mesita de cristal, y comenzó a repasar en el portátil cómo habían ido las cosas esa noche. La crisis parecía no afectar al juego, y tras revisar los ingresos se alegró de comprobar que su negocio iba como la seda. Una vez hubo concluido con la parte lucrativa se metió como siempre en la sala VIP de *Be-winner poker online*. Le

gustaba ver el negocio desde dentro, y además, como era un buen jugador, disfrutaba con la sensación de hacer cambiar el dinero de manos agrupando picas, tréboles, corazones y diamantes. Los dos últimos eran sus palos favoritos, y casualmente coincidían con sus gustos fuera del negocio. No es que fuera un rompecorazon, pero desde luego las relaciones duraderas no eran lo suyo. Sin ser especialmente apuesto, era atractivo y tenía cierto halo de misterio a su alrededor, lo cual resultaba bastante sexy a las mujeres. Llevaba siempre el pelo corto, con una especie de barba finita que disimulaba su pronunciado mentón; y sus principales armas para conquistar a las chicas, además de su capacidad para halagarlas, y por qué no decirlo, su dinero, eran su dentadura perfecta y sus llamativos ojos de color azul claro.

Se registró con su alias habitual «*Darkhat*» y entró en el sistema. A esas horas de la mañana había más gente apostando en *Be-winner* de lo que un no jugador podría imaginarse. Percibía el olor de la desesperación por el dinero fácil.

Mientras inspeccionaba vagamente las partidas de la sala VIP, antes de decidir en cual de ellas ponerse a jugar, vio un nombre que le dejó petrificado: Gabriel Laughan, el hombre que provocó la muerte de su padre.

Cuando leyó ese nombre un escalofrío le recorrió el cuerpo, y una mezcla de sentimientos de sorpresa y odio afloraron súbitamente en él. Durante unos segundos se quedó paralizado, mirando fijamente la pantalla del ordenador, y notó como el pulso se le aceleraba. ¡Aquello no era posible! Sintió náuseas, e instintivamente se levantó del sofá, abrió la ventana más cercana y respiró hondo. Tenía que tranquilizarse para pensar con claridad.

Una vez se hubo calmado, volvió a sentarse y se concentró en aquel misterioso jugador que, para más inri, iba ganando una considerable suma de dinero. Sabía a ciencia cierta que Gabriel Laughan había muerto el mismo día que su padre, así que solo podía tratarse de un farsante. No le

parecía una casualidad que alguien con ese nombre hubiera entrado en la sala VIP, en la que él solía jugar con cierta regularidad. Estaba tratando de provocarle, y desde luego lo estaba consiguiendo. Si quería guerra, la iba a tener. Entró en la misma partida que él y comenzó a jugar.

A lo largo de la siguiente hora, las apuestas fueron subiendo al ritmo de las cartas, y poco a poco el resto de jugadores fueron abandonando la mesa. Cuando por fin estuvieron ellos dos solos, activó un protocolo interno para que nadie más pudiera unirse a esa partida. Era el momento de la verdad. Se frotó las manos y le puso un mensaje a su adversario a través del *chat* interno del juego.

[Darkhat]: ¿quién eres?

Lucas había tenido una relación muy especial con su padre, lo admiraba, y siempre lo había considerado, además de padre, un buen amigo. Era hijo único, su madre murió cuando él tenía tan solo cinco años y solo conservaba un puñado de recuerdos borrosos de ella, por lo que su única familia había sido él. Quizás por ese motivo, el día que le asesinaron, un catorce de abril siete años atrás, se sintió tremendamente solo. Creyó que su mundo se acababa.

Llevaba semanas sin verlo. Hacía tiempo que había dejado su Cantabria natal para estudiar la carrera de informática en Madrid. Su pueblo no quedaba precisamente cerca de la capital, y a pesar de que trataba de volver a casa al menos una vez al mes, no siempre le resultaba posible.

Sucedió un viernes. Estaba en la facultad cuando recibió una llamada desde un número oculto en su teléfono móvil, era la Guardia Civil. Una amable agente, tratando de resultar cercana, le relató los hechos sin rodeos. Su explicación concluyó con la frase que más temía escuchar: Siento comunicarle, señor Benavente, que su padre ha muerto.